

este número de salmos en medio de ellos, con una oracion despues de cada uno de los once primeros, y alleluya al fin del doce. A estos añadieron dos lecciones para los que deseaban aprender la Escritura, una del antiguo y otra del nuevo Testamento, á escepcion del sábado, domingo y tiempo pascual, en que las dos eran del nuevo Testamento; la primera de las Epistolas ó Hechos de los Apóstoles, y la segunda del Evangelio. Concluido cada salmo se ponian á meditar durante algunos momentos, y para no dejarse dominar por el sueño se ponian de pie y con las manos estendidas, se postraban y se levantaban inmediatamente segun los movimientos del que presidia la oracion. Solamente se oia allí la voz del cantor que pronunciaba el salmo ó del sacerdote que decia la oracion. El que cantaba permanecia de pie y todos los demas sentados, á causa de sus ayunos y trabajos continuos. Dividian los salmos cuando eran largos, porque no querian rezar muchos sino rezarlos bien. Carecian de campanas y relojes, y el que cuidaba de despertar á los demas para los oficios de la noche, observaba las horas por las estrellas, siempre visibles en el cielo del Egipto, y despues anunciaba la oracion con un caracol ó concha á manera de trompa.

Todos los muebles de sus celdillas consistian en una estera para acostarse y un paquete de hojas grandes que les servia de almohada por la noche y de silla por el dia en la iglesia y en la celda. No tenian oracion comun durante el dia sino el sábado y el domingo, á causa de la comunión que se hacia á la hora de tercia, es decir, á las nueve de la mañana: los demas dias permanecian solos orando y trabajando sin cesar aun por la noche cuando estaban despiertos, habiendo conocido estos grandes maestros de la vida interior, que lejos de distraernos, ninguna cosa es mas propia

que el trabajo para fijar nuestros pensamientos: para esto elegian obras sedentarias y fáciles, como tejer esteras y hacer cestas. Asi no solo atendian á su subsistencia sin ser gravosos á nadie, sino que se ponian en estado de egercitar la hospitalidad, y aun de distribuir limosnas copiosas en las aldeas y en las ciudades. Estaba prohibido que los hermanos recibiesen cosa alguna de nadie para su subsistencia; y si nos quedan ejemplos de las liberalidades hechas en su favor, solo se deben entender de los casos de necesidad que dispensaban de la regla general.

En diferentes partes de Egipto habia un número casi infinito de cenobitas y anacoretas; pero sobre todo en la Tebaida inferior, en las estremidades septentrionales del mar Rojo, por el lado de la Palestina, en la ribera oriental del Nilo cerca de la ciudad de Hermópolis, donde se creia que el niño Jesus habia llegado huyendo del furor de Herodes. Contábanse cerca de quinientos solitarios solo en el lugar llamado Matarea. Iban estos siempre con sus hábitos muy blancos, observaban la mayor limpieza, y practicaban la comunión cotidiana. En la otra parte del rio, el santo abad Póstumo gobernaba hasta cinco mil, todos herederos y religiosos observadores de la regla de San Antonio. Pero la gran maravilla de la vida ascética en la Tebaida inferior era la ciudad de Ojirínco, en donde habia mas terreno ocupado por los monasterios que por las demas casas, y muchos mas monges que ciudadanos. Oíanse de dia y de noche por todas partes las alabanzas divinas en esta ciudad que era muy grande. Habitaban en ella veinte mil vírgenes y diez mil monges: por mucho tiempo no moró en ella herege ni pagano alguno, sino que todos eran cristianos católicos y dignos de su creencia. Veíanse allí por autoridad pública centinelas á las puertas para reco-

nocer los pobres y los huéspedes, disputándose despues quién seria el primero en hospedarlos, en tenerlos mas tiempo y en ejercer con ellos la caridad mas tierna (1).

Los discípulos de San Pacomio se habian multiplicado de tal modo despues de su muerte en la alta Tebaida, que se encontraban hasta cincuenta mil juntos, segun el testimonio de San Jerónimo (2), para celebrar la Pascua. Reuníanse otra vez al año por el mes de agosto para elegir los superiores y oficiales de las diferentes casas, reconciliar los hermanos y perdonarse los agravios: primer ejemplo que encontramos de muchos monasterios reunidos en congregacion bajo una misma regla. En el monasterio de la hermana del santo fundador, separado de Távena por el Nilo, residian cuatrocientas vírgenes; y cerca de Antínoo habia otros doce monasterios de mugeres. En una palabra, el número de los solitarios de Egipto ascendia á mas de setenta y seis mil, y el de las religiosas á mas de veinte mil. No describiremos las virtudes que practicaban, ni aun las mas dignas de admiracion: esto no será grato á las costumbres de nuestro siglo y tampoco pertenece á nuestro objeto. Basta notar el estado floreciente de la vida solitaria en Oriente á fines del siglo cuarto. Duró allí de este modo hasta que las novedades heréticas del quinto, y sobre todo la de Eutiques, ocasionaron la turbulencia y el trastorno de la disciplina.

En Occidente San Agustin edificaba á la Iglesia, no solamente con sus trabajos sino tambien con sus doctos escritos. Estas producciones inagotables, lejos de debilitarse multiplicándose, tomaban cada dia nuevo grado de perfeccion y autoridad. Apenas veian la luz, cuando se esparcian por todas

partes, y muchas veces sin que el santo doctor llevase ánimo de publicarlas. Recogíanse con ansia sus respuestas á las preguntas que le dirigian de todas partes; sus esplicaciones de la sagrada Escritura y sus instrucciones familiares. Corrian á oírle así los hereges como los ortodoxos; llevaban escribientes para copiar todo lo que salia de sus labios; resonaba por todas partes la fama de su nombre, y pasaba los mares (1); lo cual ocasionaba la mayor inquietud á su obispo Valerio, que temia que fuesen á buscarle para otra iglesia; y el cuidado que tenia de ocultarle, no le aseguraba del todo. Pretestando, pues, su vejez y sus enfermedades, escribió en secreto al obispo de Cartago para obtener que Agustin fuese ordenado como coadjutor suyo. Despues pidió á Mégalo, obispo de Calama y primado de Numidia, que fuese á visitar la iglesia de Hipona. Habiendo llegado, le declaró sus miras acerca de Agustin, así como á otros prelados que estaban presentes, á su clero, y á todo su pueblo. Escucháronle todos con vivas aclamaciones, menos Mégalo tan preocupado contra Agustin, que le acusó de haber dado un filtro á una muger para hacerse amar de ella: tan cierto es que los mayores Santos no están libres de las mas negras calumnias. Mas la gravedad de esta sirvió únicamente para hacerla mas increíble. Estrechado Mégalo por los demas obispos á que probase la acusacion, no pudo verificarlo y se le obligó á pedir perdon al Santo. Reconoció en fin á las claras la inocencia del Doctor calumniado, de modo que él mismo le impuso las manos (2). En vano se resistió Agustin á una resolución tomada con tanta solemnidad. Quiso demostrar que era contra el uso de la Iglesia el que se ordenase un obispo viviendo el pastor propio; pero se le citaron muchos ejemplos

(1) Vit. Patr. 11.

(2) Hier. Praef.

(1) Possid. Vit. c. 7.

(2) August. lib. 4. contr. Crescen. cap. 64.



res, una de las mismas iglesias de Africa. Tuvo por fin que desistir de una resistencia que ya se principiaba á calificar de obstinacion escandalosa, y recibió la ordenacion en el mes de diciembre del año de 395, que era el cuarenta y dos de su edad. Observó despues que con razon perseveraba en su resistencia, y que el Concilio de Nicea prohibia dar un obispo á una iglesia que aún le tenia vivo: disposicion que se propone solo de paso al fin del cánón VIII, y que se podia haber leído muchas veces sin haberse fijado en ella.

Quando disponia de este modo el Señor tales sucesos, parecia querer reparar de antemano con el episcopado de Agustin la pérdida que la Iglesia iba á sufrir con la muerte del gran arzobispo de Milan. No tenia Ambrosio sino cincuenta y siete años, pero veinte y dos de un ministerio tan laborioso como el suyo le habian envejecido y deteriorado mucho. Por lo demas, esta gran luz nunca brilló mas que al fin de su carrera: entonces aseguró á las iglesias el derecho de asilo que no podia ser abusivo bajo un prelado tan sabio. Fué mas celoso todavia de conservarlas en el privilegio de guardar inviolablemente los depósitos; pero la preeminencia que él les conservaba con el mayor cuidado, era la gloria de la beneficencia para con todos los miembros de la república, y el ejemplo del desinterés.

Un obispo, llamado Marcelo, habia dado una tierra á su hermana que estaba viuda, con obligacion de dejarla á la Iglesia cuando muriese: donacion que fué disputada por Leto su hermano, y se litigó con mucho gasto y empeño por una y otra parte. Envióse por último el asunto al obispo Ambrosio á ruego de las partes: consintió en dar la sentencia, pero solo en calidad de árbitro. Hizoles convenir en que Leto tendría la tierra en propiedad, con la carga de una pension vitalicia para su hermana, y

que despues de la muerte de esta, ni el obispo ni la iglesia podrian repetir cosa alguna contra Leto; decision en que los dos encontraban ventaja, Leto en ganar el fundo ó la tierra, y su hermana en que recibia por usufructo todo lo que convenia á su estado, y el mismo Marcelo en que contentaba segun sus deseos tanto á su hermana como á su hermano. Solamente la Iglesia perdía; pero Ambrosio creyó que ganaba bastante por el honor que le hacia su generosidad, y por la paz que enseñaba á poner en las familias (1).

Estos eran los intereses de la Iglesia que el Santo miraba con tanto ardor, no juzgando fuesen indiferentes ni aun las menores apariencias en género alguno de edificacion y virtud eclesiástica. De manera, que un aire de inmodestia, un gesto poco arreglado, un paso ó algunos modales no tan ajustados á la moderacion, eran otras tantas razones decisivas para ser excluido de las plazas clericales (2). Negó una que solicitaba un sugeto, á quien amaba por otra parte, solo por la razon de su exterior poco modesto. A otro clérigo que habia incurrido en un entredicho de algun tiempo, le prohibió, al levantarle el entredicho, que jamás le acompañase, porque no andaba con la compostura debida. Hizo conocer el éxito que los Santos mas caritativos saben discernir muchas veces mejor que los profanos mas suspicaces; pues el primero de dichos dos sugetos abandonó la fé en la persecucion de los arrianos, y el otro renunció del mismo modo la profesion de la sana doctrina por un negocio de interés.

En Verona vivia una virgen llamada Indicia, que el obispo habia consagrado á Dios despues de las pruebas mas convin-

(1) Ambr. Epist. 83.

(2) Ambr. lib. 1 de offic. cap. 48.

centes; habia vivido con Santa Marcelina, hermana del santo arzobispo, y tenia una gran reputacion de virtud. Fué sin embargo acusada, no solo de haber profanado su consagracion, sino tambien de haber hecho perecer el fruto de su incontinencia. El obispo Siagrio, sucesor de Zenon, dió crédito á esta calumnia; y contra todas las reglas del pudor y de la equidad, sin ningun procedimiento legal, ordenó que Indicia fuese reconocida por las matronas. Quereílose esta al arzobispo, que exigió testigos y un acusador en forma; mas nadie quiso ser lo uno ni lo otro. Viose efectivamente que no habia sino rumores vagos sin testimonio alguno fundado y bien probado. Por el contrario, muchísimas personas de probidad hablaban con honor de la conducta de Indicia, que quedó justificada con mucha gloria suya. Los perturbadores fueron privados de la comunión hasta satisfacer á la calumniada, y el obispo Siagrio fué tambien reprendido agriamente, por haber ordenado con sobrada ligereza un reconocimiento que como se deja presumir seria un tormento para el pudor, y que casi siempre es una prueba del delito tan incierta como vergonzosa (1).

La ordenacion de San Honorato para la Silla de Vercelis fué una de las últimas acciones de San Ambrosio, á quien nada pareció jamás tan importante como establecer buenos obispos. Habia impuesto las manos á San Gaudencio de Brescia y á San Felix de Cómo. Cuéntanse tambien en el número de los Santos sus diáconos Venerio y Felix, formados por él mismo para el episcopado á que efectivamente ascendieron. Teódulo, su secretario, fué contado entre los mas dignos obispos de Módena. Por lo que hace á la eleccion de Honorato sufrió grandes dificultades; y permaneció la Silla de Vercelis va-

cante largo tiempo por la discordia suscitada en esta iglesia, sin que las cartas del santo arzobispo produjesen efecto alguno: de modo que para conciliar los ánimos, tuvo que ir á Vercelis pocos meses antes de su muerte.

Una reina de los marcomanos, llamada Fritigila, se convirtió por este mismo tiempo al cristianismo, conmovida con la relacion que habia oido hacer del santo arzobispo á un hombre que habia llegado de Italia. Envió la reina embajadores con presentes magníficos para la iglesia de Milan, suplicando á este prelado que la instruyese por escrito: movida aun mas con sus cartas corrió á Milan, en donde no encontró ya vivo al santo (1). Tambien dos señores persas de los mas distinguidos é ilustrados de la nacion, habiendo llegado á sus oidos la fama de la sabiduría de Ambrosio, habian acudido tambien poco antes á Milan para conferenciar con él. A estilo de los orientales le propusieron cuestiones alegóricas y misteriosas, á las que satisfizo sin cesar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche; y para que nadie dudase sobre el objeto de su viage, partieron al dia siguiente en que vieron cumplidos sus deseos (2).

El Santo era afable, y no descuidaba ni los usos de la urbanidad, ni los modales de la grandeza; y aun algunas veces convidaba á comer á los prefectos, cónsules y principales señores del Imperio, lo cual todos tenian á mucho honor. Cuentan del conde Arbogaste, que estando á la mesa con algunos príncipes bárbaros le preguntaron estos si conocia al obispo Ambrosio. «Sí, contestó Arbogaste, y me glorió de mi amistad con él, y muchas veces he comido á su mesa.» «No sin causa, pues, dijo uno de estos príncipes, sois tan dicho-

(1) Ambr. Epist. 5.

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

(1) Paul. in vit. S. Ambrosii. n. 30.

(2) Idem. ibid. n. 25.



so en los combates. Nos admiraremos ya de vuestros prósperos sucesos, contando por amigo un hombre que con una palabra detiene el sol en su carrera (1)? Era sin duda un ayuno perpétuo la vida ordinaria de Ambrosio, pues no comía sino el sábado y el domingo; porque en Milan no se ayunaba el sábado ni aun en la cuaresma; pero cuando residía en otra cualquier iglesia se conformaba con la costumbre que en ella había. Aunque convidaba á otros á comer, nunca comió en casa alguna, á no ser que viajase. Tenia tambien por máxima el no ingerirse en la distribucion de los cargos y destinos de la corte, ni inmiscuirse en matrimonio alguno.

Cayó finalmente en la enfermedad de que murió, y tuvo que guardar cama por largo tiempo. Apenas conoció su peligro el conde Estilicon, cuando lo miró como una desgracia grande para el imperio. Juntó, pues, todos los mejores amigos del Santo, y los obligó á que fuesen á verle y rogarle que obtuviese del Señor la prolongacion de sus dias. Nada era mas conforme á los deseos de esos amigos, y así se lo espresaron al santo obispo con sus lágrimas mas que con sus palabras. «No ansio vivir, les respondió, ni temo morir; mi vida y mi muerte están en manos del Señor; disponga lo que mas sea de su agrado segun su misericordia.»

Observando sus diáconos que iba decayendo tan sensiblemente, conferenciaban ya en la estremidad opuesta de la pieza en donde estaba el lecho del enfermo, acerca del sucesor que se le podría dar; pero hablaban tan bajito, que necesitaban la mayor atencion para oirse unos á otros. Sin embargo, habiendo ellos nombrado á Simpliciano, el Santo, á pesar de lo distante que estaba, tomó la palabra como si fuera de la con-

versacion, y dijo en voz alta aprobando la eleccion: *es viejo, pero es bueno.* Quedaron tan confusos, que huyeron con precipitacion; Simpliciano le sucedió efectivamente (1). Vió despues San Ambrosio á Jesucristo venir hácia él con un semblante risueño, se lo advirtió á Basiano, obispo de Lodi, que lo oraba con él, y pocos dias despues espiró. El dia mismo de su muerte permaneció en oracion desde las cinco de la tarde hasta su último aliento con las manos en cruz, y moviendo los labios sin que se pudiese entender lo que decía. Habia ido á tomar algun reposo el obispo de Verceilis, no creyendo tan cercano este momento; pero oyó una voz que le llamó por tres veces diciéndole: *levántate al instante, que va á partir.* Corrió y le dió todavia el cuerpo del Señor; apenas le recibió el Santo, entregó el alma al Criador en la noche del viernes al sábado Santo á 4 de abril del año 397.

En el mismo dia se apareció en Oriente á algunos santos personajes, como se supo poco despues por una carta firmada el dia de su muerte, y que su sucesor guardó religiosamente. A la hora misma que espiró, y mucho antes de salir el sol, fué llevado su cuerpo á la iglesia mayor, en la que permaneció el sábado y la noche siguiente en el lugar donde se administraba el bautismo solemne (2). Muchos niños que acababan de recobrar la inocencia primitiva esclamaban, al salir de la pila, que veian al santo obispo; le señalaban con el dedo ya en medio de la iglesia, ya en la cátedra episcopal, y se esforzaban, aunque en vano, para que sus padres le viesen (3). Celebráronse los santos misterios el domingo de Pascua al amanecer, y despues trasladaron

(1) Possid. in vit. August. cap. 27.

(2) Martyr. R. Pag. an. 397, n. 49.

(3) Ibid. n. 48.

el cuerpo del Santo á la Basilica ambrosiana, en donde fué enterrado. No mostró el Señor entonces con menos brillantez la gloria de su siervo, porque asistiendo á sus funerales una multitud innumerable no solo de cristianos, sino tambien de judíos y paganos de ambos sexos, de toda edad y condicion, por todas partes tiraban pañuelos para que tocasen al cuerpo, y los nuevos bautizados recibieron las señales mas brillantes de su valimiento en el cielo.

Un año despues del santo arzobispo de Milan, murió el Papa San Siricio; es decir, en 398 á 26 de noviembre, despues de un pontificado de cerca de catorce años. Habia poco que se habia dejado sorprender por Rufino (a), que con Santa Melania regresaba de Palestina á Roma, en donde publicó una traduccion tanto de la obra de Orígenes intitulada *De los principios*, como de la Apologia de este doctor atribuida al mártir San Pámfilo. No tenia Siricio motivos para sospechar de un autor elogiado por los mayores personajes de su tiempo y le concedió letras de comunión. Habiendo llegado á conocer despues el veneno de estas obras, fué condenado Rufino por el Papa Anastasio, inmediato sucesor de San Siricio.

En este mismo año se consoló de tantas pérdidas la Iglesia con la elevacion de San Juan Crisóstomo á la silla de la ciudad imperial de Oriente. Era ya conocido su mérito en todo el imperio antes de la muerte del Patriarca Nectario; y el eunuco Eutropio, muy poderoso en tiempo del emperador Arcadio, habia conocido particularmente el mérito de este célebre sacerdote en un viaje que habia hecho al Oriente. Fué propuesto Crisóstomo para la silla vacante y electo inmediatamente con aclamacion general del pueblo y del clero. Algunos eclesiásticos ambi-

(a) Escusado es decir que esta sorpresa debe entenderse relativamente á un hecho puramente personal, no en materia de fe ó de disciplina. (N. del E.)

ciosos que buscaban indignamente los votos, no habian podido conseguir otra cosa que dilatar la eleccion con sus intrigas; pero al oír el nombre de Juan de Antioquia todos se unieron á favor de este humilde y docto sacerdote, que tenia el episcopado aun mas que los otros lo codiciaban. No se trató sobre el modo de obtener su consentimiento, porque estaban resueltos á hacerle obispo aunque fuese con violencia; pero la dificultad consistia en sacarle de Antioquia, en donde en su ministerio sacerdotal habia doce años que se captaba todos los corazones con los encantos de su elocuencia y con el esplendor de sus virtudes. Recelaban con razon que aquel numeroso pueblo, tan propenso por otra parte á sublevarse y tan prodigiosamente adicto al ángel tutelar que en el suceso memorable del derribo de las estatuas habia preservado de la desesperacion á sus conciudadanos y de su ruina á la ciudad entera; recelaban, repito, que ese pueblo que tanto le amaba se sublevase oponiéndose á verse privado de él. Eutropio, pues, envió á decir al conde de Oriente que se le entregase despues de haber tomado sus precauciones. Suplicó entonces el conde á Crisóstomo, con pretexto de algun negocio, que pasase á verse con él en una iglesia cerca de la puerta Romana; allí le subió en su coche, y con gran diligencia le condujo hasta el lugar convenido, entregándole allí á los oficiales enviados de la corte.

Para dar á la ordenacion mas solemnidad, habia mandado el emperador llamar al obispo de Alejandria como primer prelado del imperio de Oriente. Este, que era Teófilo, tenia muy otras miras, y temió á Crisóstomo cuando trató con él. Con su penetracion y habilidad en juzgar de todo ingenio y del carácter de los hombres, observó en él una presencia de espíritu, una firmeza y una rectitud inflexible, unidas á una alma sensible, generosa y propia para grangear